



Pyramide de Cholula.

CAPITULO VI.

CIUDAD DE CHOLULA.—GRAN TEMPLO.—MARCHA A AQUELLA CAPITAL.—
RECIBIMIENTO DE LOS ESPAÑOLES.—CONSPIRACION DESCUBIERTA.

1519.

La antigua ciudad de Cholula, capital de la república de este nombre, estaba situada á seis leguas de Tlascala, en direccion al sur, y cerca de veinte al oriente ó mas bien al sudeste de Méjico. Segun Cortés, contenia veinte mil casas dentro de sus murallas, y otras tantas en los alrededores (1); aunque ahora está reducida su poblacion á menos de diez y seis mil almas (2). Sea cual fuere el verdadero número de sus habitantes, era incuestionablemente en el tiempo de la conquista una de las mas populosas y florecientes ciudades del Nuevo Mundo.

Era tambien muy antigua, y fué fundada por las razas primitivas que ocuparon la mesa, antes que los aztecas (3). Pocas noticias se conservan sobre su forma de gobierno, la cual parece haber sido fundida en un modelo republicano semejante al de Tlascala. Probó tan bien, que mantuvo el estado su independenciam por mucho tiempo, hasta que, si no quedó reducido al vasallaje de los aztecas, estaba tan sujeto á su influjo, que gozaba pocos de los beneficios de una existencia política separada. Sus relaciones con Méjico comprometieron á los choluleses en frecuentes contiendas con sus vecinos los tlascaltecas; pero aunque mucho mas superiores á estos en refinamiento y en las diversas artes del lujo, no eran comparables en la guerra con los bravos montañeses, los suizos del Aná-

(1) Rel. seg., en Lorenzana, p. 67. *Historia Hist. General de Méjico* (2)

Segun Las Casas, contenia esta ciudad treinta mil vecinos, ó cerca de ciento cincuenta mil habitantes. (Brevissima Relatione della distruzione dell'Indie Occidentale (Venetia, 1643.) Siendo este último el menor cómputo, es *a priori* el mas creíble, especialmente por la rara ocurrencia de encontrarse en las páginas del buen obispo de las Chiapas.

(2) Humbolt, Essai politique, tom. III, p. 159.

(3) Veitia, retrotrae la fundacion de la ciudad á los ulmecas, pueblo que precedió á los toltecas. (Hist. antig., tom. I, cap. 13 y 20.) Como los últimos, despues de ocupar el pais por varios siglos, no habian dejado probablemente ningunos anales de su existencia, seria muy fuerte desaprobar la asercion del licenciado; pero mucho mas admitirla.

huac. La capital de Cholula era el grande emporio comercial de la mesa, sus habitantes sobresalian en varias artes mecánicas, especialmente en trabajar los metales, en la manufactura de telas de algodón y maguey, y en una exquisita clase de alfarería, que se dice rivalizaba en hermosura con la de Florencia (4); pero esta dedicacion á las artes de una sociedad política, culta y pacífica, naturalmente no los hacia muy á propósito para la guerra, ni aptos para rivalizar con los que consideraban este ejercicio como la principal ocupacion de la vida. Acusábase á los choluleses de afeminados; y segun sus rivales, distinguíanse menos por su valor, que por su perfidia (5).

Pero la capital, tan célebre por su civilizacion y antigüedad, era aun mas venerable por las tradiciones religiosas que la rodeaban. Fué aquí donde el dios Quetzalcoatl se detuvo en su tránsito á la costa, y empleó veinte años en enseñar á los toltecas las artes propias de una sociedad ilustrada. Los instruyó en las mejores formas de gobierno y en una religion mas espiritualizada, en la cual los únicos sacrificios eran frutos y flores de la estacion (6). No es fácil determinar la doctrina que predicó, pues sus lecciones fueron primero mezcladas con los dogmas licenciosos de los sacerdotes indios, y despues con los místicos comentarios del misionero cristiano (7). Es probable que fuera uno de aquellos raros y privilegiados seres, que disipando la obscuridad del siglo en que viven con la ilustracion de su genio, son divinizados por la posteridad agradecida, y colocados entre los luminares del cielo.

En honor de esta benéfica deidad se erigió aquella obra estupenda, que aun todavia contempla el viajero con admiracion como la fábrica mas colosal de Nueva-España; que rivaliza en dimensiones, y es algo semejante en su forma á las pirámides del antiguo Egipto. Ignórase la fecha de su ereccion; pues ya se encontraba allí cuando llegaron los aztecas á la mesa. Tenia la figura comun de los teocallis mejicanos, esto es, la de una pirámide trunca, mirando sus cuatro lados á los puntos cardinales, y dividido en el mismo número de terrados. Sus contornos originales, han sido borrados por la mano del tiempo y de los elementos, al mismo tiempo que la abundante vegetacion de árboles y flores silvestres que han crecido en su superficie, le dan la apariencia de una de aquellas cimétricas ele-

(4) Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 2.

(5) Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Gomara, Crónica, cap. 58.—Torquemada, Monarq. ind., lib. 3 cap. 19.

(6) Veitia, Hist. antig., tom. I, cap. 15 y sig.—Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 1, cap. 5 y lib. 3.

(7) Los teólogos modernos han encontrado en esta predicacion del dios Tolteca, ó sumo sacerdote, el gérmen de algunos de los grandes misterios de la fe cristiana, como por ejemplo el de la Encarnacion y el de la Trinidad. En el maestro, reconocen no menos que á la persona del apóstol santo Tomás. Véase la Disertacion del irrefragable Dr. Mier, con el edificante Comentario del Sr. Bustamante, en Sahagun, Hist. de Nueva-España, tom. I., suplemento. Mayores pormenores sobre este asunto encontrará el lector en la parte primera del apéndice á esta historia.

vaciones, producidas por el capricho de la naturaleza mas bien que por la industria del hombre. Dúdase si el interior es una colina natural, aunque no parece improbable sea una composicion artificial de tierra y piedras, con capas alternadas de ladrillo y barro (8).

Su altura perpendicular es la de ciento setenta y siete piés; y su base tiene de largo mil cuatrocientos veintitres; dos veces mayor que la de la gran pirámide de Cheops. Dará alguna idea de sus dimensiones el referir que su base, que es de figura cuadrada, cubre cerca de cuarenta y cuatro acres, y la plataforma de su cima, abraza mas de uno. Ella nos recuerda aquellos monumentos colosales de ladrillo que aun se ven en ruinas sobre las riberas del Eufrates, mucho mas bien conservados que los que se encuentran en las del Nilo (9).

Levantábase en la parte superior un suntuoso templo, en el cual estaba colocada una imágen de la misteriosa divinidad, „dios del aire,” con el rostro de ébano, no muy semejante, por lo mismo, al color blanco que tuvo en la tierra; adornada su cabeza de una mitra, en la cual ondeaban vistosas plumas, y su cuello con un refulgente collar de oro: pendientes de mosaicos hechos de turquesas en sus orejas, un cetro adornado de joyas en una mano, y un escudo, curiosamente pintado, emblema de su dominio sobre los vientos, en la otra (10). La santidad del lugar, respetado por la antigua tradicion, por la magnificencia del templo y su servicio, le hacian un objeto de veneracion en todo el pais, y peregrinos de los confines mas remotos del Anáhuac venian á ofrecer sus plegarias en el santuario de Quetzalcoatl (11). El número de ellos era tan excesivo, que daba un aire de mendicidad á la poblacion; y Cortés, asombrado con la novedad, dice, que vió la misma multitud de mendigos que se encuentra en las ilustradas

(8) Tal parece ser el juicio siempre respetable del baron de Humbolt, que examinó este interesante monumento con su acostumbrado cuidado. (Vues des cordillères, p. 27, et seq., Essai Politique, tom. II, p. 150 et seq.) Esta opinion se confirma mas con el hecho de que un camino cortado algunos años despues al traves del collado descubrió un gran pedazo de él, en el cual las capas alternadas de ladrillo y barro son claramente visibles. (Ibid, lug. cit.) La actual apariencia de este monumento cubierto de verdura y del mocho de algunos siglos, excusa el escepticismo del viajero mas imparcial.

(9) Algunas de las pirámides de Egipto y de las ruinas de Babilonia, son, como es bien sabido, de ladrillo. Una inscripcion puesta en una de las primeras, celebra este material como superior á la piedra. (Herodotus, Euterpe, sec. 136.) Humboldt da una buena idea del tamaño del Teocalli mejicano, comparándolo á una maza de ladrillos que cubria un espacio cuadrado, cuatro veces mayor que la plaza *Vendôme*, y dos veces mas alta que el palacio de Louvre. Essai Politique, tom. II, p. 152.

(10) Una minuciosa descripcion del traje é insignias de Quetzalcoatl trae el P. Sahagun, que vió á los dioses aztecas antes de que el brazo del cristiano convertido los hubiera derribado, de „su elevado lugar.” Hist. de Nueva-España, lib. I, cap. 3.

(11) Vinieron de una distancia de doscientas leguas, dice Torquemada. Monarq. ind., lib. 3, cap. 19.

capitales de Europa (12). Dura crítica de la civilización, que debería colocar á nuestro venturoso país (*) en un grado muy inferior de cultura.

No solo concurría á Cholula el devoto indigente. Muchas de las otras razas indias tenían templos fabricados por ellos en la ciudad, de la misma manera que algunas naciones cristianas los tienen en Roma, y cada uno de esos santuarios estaba asistido por los ministros consagrados al servicio de la deidad á quien estaba dedicado. En ninguna otra capital se veía el mismo concurso de sacerdotes, tantas procesiones, tan augusta pompa de ceremonias, sacrificios y festividades religiosas. En suma, era Cholula lo que Meca entre los mahometanos, ó Jerusalen entre los cristianos; era la ciudad santa del Anáhuac (13).

Los ritos religiosos no se cumplían con la pureza prescrita primitivamente por la divinidad tutelar. Sus altares, así como los de los numerosos dioses aztecas, humeaban con sangre humana, y dicese que seis mil víctimas se ofrecían anualmente en sanguinario holocausto (14). El gran número de santuarios puede estimarse, por la asercion de Cortés, quien contó en la ciudad, cuatrocientas torres (15), no obstante que ningun templo tenía mas de dos, y muchos una sola. Descollaba sobre los demas la gran „pirámide de Cholula,” cuyo nunca extinguido fuego esparcía rayos de luz sobre toda la ciudad, y anunciaba al pueblo que allí se tributaba el misterioso culto, de la benéfica deidad que habia de volver á imperar sobre el país; pero ¡ah! cuán corrompido por la crueldad y superstición.

Nada podia ser mas grande que la vista que se disfrutaba desde la área de la cima trunca de la pirámide. Al oeste se extendía aquella robusta barrera de rocas de pórfito que la naturaleza habia levantado alrededor del valle de Méjico, y los elevados Popocatepetl é Iztaccihuatl, apostados como dos centinelas colosales para guardar la entrada de la encantada region. Más lejos, y al oriente, se veía el Pico cónico de Orizava internándose en las nubes, y mas cerca, la estéril, pero hermosa Sierra de la Malinche, extendiendo su ancha sombra sobre las llanuras de Tlascalá. Divisábanse los tres volcanes, mas elevados que el montañoso pico mas alto de Europa, y vestidos de nieves que nunca se derrieten con el sol abrasador de los trópicos. Al pié del espectador extendíase la sagrada ciudad de Cholula con sus pináculos y blancas torres, deslumbrando con la re-

(12) „Hay mucha gente pobre, y que piden entre los ricos por las calles, y por las casas, y mercados, como hacen los pobres en España, y en otras partes que hay gente de razon.” Rel. seg., en Lorenzana, pp. 67 y 68.

(*) Los Estados-Unidos de América.

(13) Torquemada, Monarq. ind., lib. 3, cap. 19.—Gomara, Crónica, cap. 61.—Camargo, Hist. de Tlascalá, MS.

(14) Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 2.—Torquemada, Monarq. ind., ubi supra.

(15) „E certifico á Vuestra Alteza, que yo conté desde una mezquita cuatrocientas y tantas torres en la dicha ciudad, y todas son de mezquitas.” Rel. seg., en Lorenzana, p. 67.

flexion del sol, reposando entre los jardines y frondosas alamedas que entonces crecían con tanta profusion en los suburbios de la capital. Tal fué el magnífico cuadro que se presentó á las miradas de los conquistadores, y que tal vez se ofrece, con un ligero cambio, á las del viajero moderno, como que desde la plataforma de la gran pirámide gira su vista por la porcion mas bella de la hermosa mesa de Puebla (16).

Pero es ya tiempo de volver á Tlascalá. La mañana preñada, emprendió el ejército español su marcha á Méjico por Cholula. Era seguido de multitud de indios llenos de admiracion, por la intrepidez de hombres, que tan pocos en número, se aventuraban á retar á Montezuma en su misma capital. Un considerable cuerpo de guerreros se ofreció á participar de los peligros de la expedición; pero Cortés, manifestándose agradecido por su buena disposicion, eligió para que le acompañaran solo seis mil voluntarios (17). No queria embarazarse con una fuerza indisciplinada que impidiese sus movimientos; y probablemente no quiso tampoco ponerse tanto en poder de los aliados, cuya amistad era demasiado reciente para que ofreciera garantías bastantes respecto á su fidelidad.

Después de pasar un terreno quebrado y montañoso entró el ejército en las extensas llanuras, que por millas se prolongan alrededor de Cholula. A una elevacion de mas de seis mil piés sobre el nivel del mar, veían crecer lado á lado los ricos productos de varios climas. Campos de dorado maiz, plantíos del jugoso maguey, de chile ó pimienta azteca, y del nopal en que se cria la brillante cochí-

(16) La ciudad de Puebla de los Ángeles fué fundada por los españoles, poco después de la conquista, en el sitio de una aldea insignificante del territorio de Cholula, unas cuantas millas al oriente de esta capital. Es acaso la ciudad mas considerable de Nueva-España, después de la de Méjico, con la cual rivaliza en hermosura. Parece que ha heredado la preeminencia religiosa de la antigua Cholula, distinguiéndose lo mismo que ésta por el número y esplendor de sus iglesias, por la multitud de su clero y la magnificencia de sus ceremonias y festividades, las cuales están difusamente referidas en las páginas de los viajeros que han pasado por el lugar al seguir su camino de Veracruz para la capital. Véase en particular la obra de Bullock, titulada, Méjico, tom. I, cap. 6.—Los alrededores de Cholula regados por arroyos, como en los dias de los aztecas, son igualmente remarcables por la fertilidad del suelo; las mejores tierras de sembradura producen trigo en proporcion de ochenta por uno. Ward, Méjico, tom. II, p. 270. Humboldt, Essai Politique, tom. II, p. 158, y tom. IV, p. 330.

(17) Según Cortés, cien mil hombres le ofrecieron esta vez sus servicios. „E puesto que yo ge lo defendiese y rogué que no fuesen, porque no habia necesidad, todavía me siguieron hasta cien mil hombres muy bien aderezados de guerra, y llegaron conmigo hasta dos leguas de la ciudad: y desde allí, por mucha importunidad mia, se volvieron, aunque todavía quedaron en mi compañía hasta cinco ó seis mil de ellos.” —(Rel. seg., en Lorenzana, p. 64.) Esa debió ser toda la fuerza armada de la república, y sin embargo, tal circunstancia no llamó la atención de Oviedo, (Hist. de las Ind., MS., cap. 4), ni de Gomara, Crónica, cap. 58.

nilla. Ni la cuarta parte de un acre de tierra estaba sin cultivo (18); y el suelo, cosa no comun en la mesa, estaba regado por numerosos riachuelos y canales, y sombreado por bosques que desaparecieron bajo la ruda hacha de los conquistadores. En la tarde llegaron á un pequeño arroyo, en cuyas márgenes determinó Cortés acuartelarse aquella noche, no queriendo turbar el descanso de la ciudad, introduciendo una fuerza numerosa á una hora tan intempestiva.

Aquí pronto se le reunieron algunos caciques choluleses con sus respectivos acompañamientos, que vinieron á ver y cumplimentar á los extranjeros. Cuando encontraron en el campo á sus enemigos los tlascaltecas, manifestaron señales de desagrado, é indicaron temores de que su presencia en la ciudad ocasionara algun desórden. Esta reflexion pareció justa á Cortés, y consiguientemente mandó que los aliados permanecieran en los cuarteles que entonces ocupaban, y se le unieran cuando hubiese dejado la capital y continuase su marcha á Méjico.

La mañana siguiente hizo su entrada en Cholula á la cabeza del ejército, acompañado solo de los indios de Cempoala y de un puñado de tlascaltecas, para que cuidasen del bagaje. Al partir le aconsejaron los aliados tomase muchas precauciones respecto del pueblo que iba á visitar, quien al paso que afectaba despreciar á los españoles, como á una nacion de traficantes, empleaban las peligrosas armas de la perfidia y de la cabala. Luego que las tropas llegaron cerca de la ciudad, se vió poblado el camino de gente de ambos sexos y edades; ancianos agobiados por la enfermedad, mugeres con niños en los brazos, todos ansiosos de ver á los extranjeros, cuyas personas, armas y caballos eran objetos de una intensa curiosidad, á ojos que aun todavia no los habian observado en campaña. Tambien los españoles se llenaron de admiracion con el aspecto de los choluleses, muy superiores en vestidos y en toda su apariencia á las naciones que habian visto hasta entonces. Se asombraron particularmente del traje de las clases elevadas, que llevaban mantas hermosamente bordadas, semejantes en su tejido y forma al gracioso albornoz ó capa morisca (19). Mostraban el mismo delicado gusto por las flores que las otras tribus que habitaban la mesa, adornando sus personas con ellas, y distribuyendo entre los soldados guirnaldas y ramilletes. Inmenso número de sacerdotes se mezclaba en la multitud, balanceando sus perfumados incensarios, al mismo tiempo que la música de varias clases de instrumentos daban la agradable bienvenida á los extranjeros, y comunicaban á la escena un alegre y halagüeño encanto. Si no tenia el aspecto de una procesion triunfal como en Tlascala, donde la melodía de los instrumentos se confundia con los aplausos de la multitud, ofrecia pacíficas seguridades de hospitalidad, y sentimientos amistosos no menos gratos.

(18) Las palabras del conquistador son mas terminantes, „ni un palmo de tierra hay que no esté labrada.” Rel. seg., en Lorenzana, p. 67.

(19) „Los honrados ciudadanos de ella todos traen *albornoces* encima de la otra ropa, aunque son diferenciados de los de África, porque tienen maneras; pero en la hechura y tela, y los rapacejos, son muy semejables.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 67.

Tambien se sorprendieron los españoles con la limpieza de la ciudad, con la extension y regularidad de sus calles, que parecian haber sido cortadas sobre un plan fijo, con la solidez de los edificios, y con el número y tamaño de los templos piramidales. En el atrio de uno de estos y sus edificios adyacentes se acuartelaron (20).

Pronto fueron visitados por los principales señores del lugar, que se mostraron muy solícitos en proporcionarles las mayores comodidades. Su mesa fué abundantemente provista; y en una palabra, recibieron todas las atenciones que pudieran disipar sus sospechas, y obligarlos á imputar las de los tlascaltecas á su inveterado odio y enemistad nacional.

En pocos dias cambió la escena. Llegaron otros mensajeros enviados por Montezuma, quienes despues de una breve y desagradable intimacion á Cortés de que su proximidad ocasionaba mucha inquietud á su amo, conferenciaron privadamente con los embajadores aztecas, que aun permanecian en el campo castellano, y luego partieron, llevándose á uno de ellos. Desde este momento el manejo de los choluleses mudó visiblemente. No visitaban ya los cuarteles como antes, y cuando eran invitados á hacerlo, se excusaban con motivos de enfermedad. Dejaron de acudir con provisiones, bajo el pretexto de que estaban escasos de maiz. Estos síntomas de desafecto, además del embarazo temporal, causaban á Cortés serios temores para lo futuro. Más se aumentaron con las noticias que recibió de los cempoaltecas. Dijéronle, que recorriendo la ciudad habian visto varias calles parapetadas, las azoteas de las casas llenas de enormes piedras y otras armas arrojadizas, como si se estuvieran preparando para un asalto; y en algunos lugares habian encontrado hoyos cubiertos con ramas de árboles, y dentro colocadas perpendicularmente agudas estacas, como para impedir los movimientos de la caballería (21). Algunos tlascaltecas que tambien vinie-

(20) Ibid., p. 67.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 84.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 4.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 82.

Los españoles comparaban á Cholula con la hermosa Valladolid, segun lo refiere Herrera, cuya descripcion de la entrada del conquistador es muy animada. „Saliéronle otro dia á recibir mas de diez mil ciudadanos en diversas tropas, con rosas, flores, pan, aves y frutas, y mucha música. Llegaba un escuadron á dar la bien llegada á Hernando Cortés, y con buena orden se iba apartando, dando lugar á que otro llegase.... En llegando á la ciudad, que pareció mucho á los castellanos, en el asiento y perspectiva á Valladolid, salió la demas gente, quedando muy espantada de ver las figuras, tales y armas de los castellanos. Salieron los sacerdotes con vestiduras blancas, como sobrepellices, y algunas cerradas por delante, los brazos defuera, con fleucos de algodón en las orillas. Unos llevaban figuras de idolos en las manos, otros zahumerios, otros tocaban cornetas, atabalejos y diversas músicas, y todos iban cantando, y llegaban á incensar á los castellanos. Con esta pompa entraron en Chulula.” Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 1.

(21) Cortés advirtió estas mismas apariencias alarmantes al entrar á la ciudad, sugiriéndole la idea de una traicion premeditada. „Y en el camino topamos muchas señales de las que los naturales de esta provincia nos habian dicho: porque hallamos el

ron del campo, informaron al general de que un gran sacrificio, en su mayor parte de niños, se había ofrecido en un lugar remoto de la ciudad, con objeto de conseguir el favor de los dioses, según parecía, para alguna empresa que intentaban. Agregaron que habían visto á un gran número de habitantes dejar la ciudad con sus mugeres é hijos, como si las fueran á llevar á un paraje seguro. Estas noticias confirmaron las sospechas de Cortés, quien no tenía duda de que se tramaba algún proyecto hostil. Si la hubiera tenido, un descubrimiento hecho por Marina, ángel de guarda de la expedición, la habría convertido en certidumbre.

Las amables maneras de la joven india la habían granjeado el afecto de la esposa de uno de los caciques, quien repetidamente la instaba para que visitase su casa, anunciándola secretamente que este era el modo de que escapase del destino que esperaba á los españoles. La intérprete, conociendo cuán importante era obtener mayores noticias, afectó quedar complacida de la propuesta, y al mismo tiempo mostró estar muy descontenta con los hombres blancos que la habían mantenido en cautiverio. De esta manera, haciendo que la crédula cholulense no se guardara de ella, gradualmente fué ganando su confianza hasta lograr le hiciese una denuncia completa de la conspiración.

Traía su origen, dijo, del emperador, que había enviado ricos presentes á los grandes caciques y entre otros á su marido, para estimularlos á secundar sus miras. Los españoles debían ser atacados al dejar la ciudad, cuando estuvieran perdidos en las calles, en las cuales se habían colocado diversos impedimentos para poner en desorden á la caballería. Una fuerza de veinte mil mejicanos estaba acampada á no mucha distancia de la población, para ayudar á los cholulenses en el asalto, y esperábase con confianza que los españoles embarazados así en sus movimientos, fácilmente cederían á la fuerza superior del enemigo. Un número suficiente de prisioneros había de reservarse para solemnizar los sacrificios de Cholula, y el resto había de llevarse encadenado á la capital de Montezuma.

Mientras duraba esta conversacion, se ocupaba Marina en disponer los efectos de valor y los vestidos que debía iba á llevar consigo esa noche, luego que ocultamente pudiera escaparse de los cuarteles españoles para la casa de su amiga la cholulense, quien la ayudaba en tal operacion. Dejándola ocupada en ella, encontró Marina oportunidad de ausentarse sin ser vista por algunos momentos; y dirigiéndose á la habitacion del general le reveló sus descubrimientos. Este mandó arrestar al momento á la muger del cacique, y examinándola, confirmó la relacion de su manceba india.

Cerciorado Cortés de la noticia, se llenó de una grande alarma. Estaba cogido en la trampa. Huir ó pelear, era igualmente difícil. Hallábase en una ciudad de enemigos, donde cada casa podia convertirse en una fortaleza, y donde se habían esparcido en el camino tales embarazos, que podían hacer casi

camino real cerrado, y hecho otro, y algunos hoyos, aunque no muchos, y algunas calles de la ciudad tapiadas, y muchas piedras en todas las azoteas. Y con esto nos hicieron estar mas sobre aviso y á mayor recaudo." Rel. seg., en Lorenzana, p. 64.

impracticables las maniobras de la artillería y de la caballería. Con tales desventajas debía combatir no solo con los astutos cholulenses sino con los temibles guerreros de Méjico. Podía compararse á un viajero que en la obscuridad de la noche ha perdido el camino y se halla entre precipicios, donde cualquiera paso puede conducirle á la muerte, y donde avanzar ó retirarse le es igualmente peligroso.

Deseaba obtener todavía mayores pruebas é imponerse de todos los pormenores de la conspiracion. Invitó, pues, á dos sacerdotes, uno de ellos persona de mucha influencia en el lugar, á que visitaran sus cuarteles. Con un trato afable, y con liberales obsequios de los mismos ricos presentes que había recibido de Montezuma, convirtiendo así los dones contra el mismo que los prodigaba, obtuvo de ellos una entera confirmacion de las noticias ya adquiridas. El emperador había permanecido en un estado de indecision, digno de lástima, desde la llegada de los españoles. Sus primeras órdenes á los cholulenses se contrajeron á que recibieran bondadosamente á los extranjeros. Había consultado despues á los oráculos, y obtenido por respuesta que Cholula seria el sepulcro de sus enemigos, pues los dioses ciertamente le ayudarian á vengar el sacrilegio cometido con la ciudad santa. Tan confiados estaban los aztecas en esta prediccion, que un gran número de esposas, ó varas con correas que servian de tales, había dispuesto en la ciudad para asegurar á los prisioneros.

Cortés, hallándose ya bien instruido de los hechos, despidió á los sacerdotes encargándoles el secreto, lo que casi no era necesario. Díjoles era su intento dejar la ciudad la mañana siguiente, y les pidió indujeran á los principales caciques á tener con él una entrevista en sus cuarteles. Despues reunió un consejo de oficiales, aunque parece que ya había resuelto la conducta que debía observar.

Diversa fué la impresion que causó en los miembros de la asamblea tan alarmante noticia, según su diverso carácter. Los mas tímidos, arredrados con la sucesion de obstáculos que parecía se multiplicaban cuanto mas se acercaban á la capital mejicana, opinaban por volver sobre sus pasos y refugiarse en la hospitalaria ciudad de Tlascala. Otros, mas constantes pero prudentes, estaban por tomar el camino más al norte, recomendado desde el principio por los aliados. La mayor parte sostuvo al general, quien siempre era de opinion que no había mas alternativa que la de avanzar, pues la retirada seria su ruina. Las resoluciones á medias casi no podían ser mejores, y darian una prueba de temor que los desacreditaria con sus amigos y con sus contrarios. Su verdadera política debía ser la de confiar en sí mismos; aventurar un golpe que pudiera intimidar al enemigo, y mostrarle que los españoles no eran capaces de ser engañados con artificios, así como tampoco podían ser vencidos en el campo por la superioridad del número ó del valor.

Cuando los caciques, persuadidos por los sacerdotes, comparecieron ante Cortés, se contentó con reprocharles su falta de hospitalidad, y asegurarles que los españoles no serian por mas tiempo una pesada carga para la ciudad, pues se proponía dejarla la mañana siguiente temprano; pidiéndoles además que le pro-

porcionaran dos mil hombres para transportar su artillería y bagajes. Los gefes, despues de alguna deliberacion, convinieron en una demanda que en cierto modo favorecia sus designios.

Luego que partieron, llamó el general á los diputados aztecas. Les refirió sucintamente el pérfido proyecto que habia descubierto para destruir al ejército, el cual se imputaba á su señor Montezuma. Sentia mucho, agregó, saber que el emperador estuviese implicado en tan inicua trama, y que los españoles tuvieran que marchar como enemigos contra el príncipe á quien habian esperado visitar como amigos.

Los embajadores con las mas solemnes protestas aseguraron se hallaban ignorantes de la conspiracion; y creian que Montezuma estaba asimismo inocente respecto de un crimen que hicieron recaer todo sobre los choluleses. Notoriamente era la política de Cortés guardar armonía con el monarca indio; aprovecharse hasta donde pudiera de sus buenos oficios, y de la imaginaria seguridad que pudiera inspirarle para cubrir sus futuras operaciones. Afectó, pues, dar crédito á la asercion de los enviados, y declaró su repugnancia en creer que un monarca que habia prestado á los españoles tantos oficios amistosos, hubiera intentado consumir la obra con un hecho de incomparable bajeza. El descubrimiento de la falsedad de los choluleses, agregó, habia excitado su resentimiento contra estos, de quienes tomaria tal venganza, que satisfaria así las injurias hechas á Montezuma como á los españoles. Despues despidió á los embajadores, cuidando, no obstante las pruebas de confianza que les habia mostrado, de ponerlos bajo la vigilancia de una competente guardia, para impedirles la comunicacion con los choluleses (22).

Esa noche fué de la mayor ansiedad para el ejército. Les parecia que el terreno que pisaban se hundia bajo sus piés, y que cada momento podia ser el señalado para su destruccion. El activo general tomó las precauciones necesarias para su seguridad, aumentando el número de los centinelas y colocando los cañones de manera que pudieran defender las avenidas del campo. Ya debe suponerse que no cerró los ojos en toda la noche. Cada español se tendió sobre sus armas, y todos los caballos estuvieron ensillados y enfrenados, prontos para el servicio luego que se necesitasen. Pero ningun ataque se meditaba por parte de los indios, y el silencio de la noche era solo turbado por el sordo ruido que de cuando en cuando se oye en una ciudad populosa aun cuando está sepultada en el sueño, y por el ronco grito de los sacerdotes, que desde las torres de los teocallis, anunciaban las horas por medio de sus bocinas (23).

(22) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 83.—Gomara, Crónica, cap. 59.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 65.—Torquemada, Monarqu. ind., lib. 4, cap. 39.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 83, cap. 4.—P. Mártir de Anglería, de Orbe Novo, déc. 5, cap. 2.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 1.—Argensola, Anales, lib. 1, cap. 85.

(23) „Las horas de la noche las regulaban por las estrellas, y tocaban los ministros del templo que estaban destinados para este fin, ciertos instrumentos como bocinas, con que hacian conocer al pueblo el tiempo.” Gama, Descripcion, parte 1, p. 14.

CAPITULO VII.

HORRIBLE CARNICERIA.—RESTABLECESE LA TRANQUILIDAD.—REFLEXIONES SOBRE LA MATANZA.—PROCEDIMIENTOS ULTERIORES.—ENVIADOS DE MONTEZUMA.

1519.

Los primeros rayos de luz de la mañana vieron á Cortés á caballo dirigiendo los movimientos de su pequeño ejército. Reunió sus fuerzas en la gran plaza ó atrio, rodeado como hemos dicho, en parte por edificios, y en parte por una alta muralla. Habia tres puertas de entrada, y en cada una de ellas colocó una numerosa guardia, apostando el resto de sus tropas y su artillería gruesa en el recinto, de manera que pudieran dominar las avenidas y asegurar á los que estaban adentro de no interrumpir su sangrienta ocupacion. Habiasse mandado orden la noche anterior á los gefes tlascaltecas de que estuviesen prontos para marchar á la ciudad á una señal concertada y unirse á los españoles. Apenas se completaron estos preparativos, cuando aparecieron los caciques choluleses con un número de tamanes ó mozos de cordel mayor del que se les pidió. Se dirigieron al interior del atrio, que como hemos visto estaba dominado por la infantería española colocada en batalla bajo de los muros. Entonces tomó Cortés aparte á algunos de los caciques, y con aspecto severo les hizo cargo de la conspiracion, manifestándoles sabia bien todos sus pormenores. Habia visitado la ciudad, dijo, por invitacion del emperador: habia venido como amigo: habia respetado á los habitantes y sus propiedades; y para evitar toda causa de ofensa, habia dejado una gran parte de sus tropas fuera de los muros de la ciudad. Ellos lo recibieron con muestras de hospitalidad y benevolencia; confiando en esta, habia sido atraído á la trampa, y encontrado que su bondad era solo una máscara que cubria la mas negra perfidia.

Causó este discurso en los choluleses la misma confusion que el estallido del rayo. Un indefinido terror se apoderó de ellos al ver á los misteriosos extranjeros, y sentian hallarse en presencia de seres que parecia podian leer sus pensamientos cuando apenas los habian concebido. Era inútil recurrir al engaño y negar ante tales jueces. Confesaron todo y procuraron excusarse culpando á Montezuma; pero Cortés, tomando por esto un aire de la mayor indignacion, aseguróles que de nada les serviria su excusa, pues aun cuando fuera cierta, no los justificaria, y estaba resuelto á hacer en ellos un ejemplar escarmiento, que sonaria por todos los extensos límites del Anáhuac.

Dióse entonces la fatal señal, el tiro de un arcabuz. En un instante asestá-